

Cuatro notas sobre las culturas juveniles

por LUCAS RUBINICH Director de la carrera de Sociología de la UBA

¿Qué ven los jóvenes en Homero Simpson? ¿Por qué genera simpatía y adhesión un personaje que no responde precisamente a los modelos de buen padre, buen ciudadano y buen trabajador? En una época en la que los sistemas de valores están redefiniéndose, los jóvenes se ven reflejados en un personaje que, mediante el humor y la distancia irónica, muestra la vulnerabilidad de las instituciones tradicionales.

¿Qué puede haber en común entre el hijo de un trabajador informal de un barrio de clase baja del partido de La Matanza en el Gran Buenos Aires, que escucha rock “pesado” y cursa el nivel secundario en un colegio público deteriorado, y un chico de la misma edad, hijo de profesionales de altos ingresos, que vive en el Barrio Norte de la ciudad de Buenos Aires, va a un colegio privado y tiene biblioteca y computadora con acceso a Internet en su cuarto? ¿O entre una chica de sectores medios-bajos, hija de un pequeño comerciante, que escucha alternativamente rock barrial y pop latino, y otra, hija de un empresario, que concurre a un secundario religioso, escucha pop internacional y vive en el barrio de la Recoleta? ¿Puede haber algún elemento cultural que atraviese experiencias, trayectorias sociales y niveles de consumo sin lugar a dudas tan distintos? ¿Cuáles son las condiciones que posibilitarían el surgimiento de elementos en común en ese conjunto heterogéneo cuyos miembros sólo comparten, en principio, la referencia superficial a la edad?

I

La sociología sostiene con razón que resulta por lo menos apresurado transformar una categoría estadística (por ejemplo, la población que tiene entre 14 y 18 años) en un grupo relativamente homogéneo. Las diversas zonas del mundo social en las que habitan personas que comparten estas edades, pero que han experimentado trayectorias educativas distintas, relaciones diferentes con el mercado de trabajo, formas de organización familiar también disímiles, etcétera, serán verdaderamente determinantes en la conformación de identidades sociales y culturales, por lo que dos grupos de la misma edad ubicados en lugares del espacio social alejados entre sí pueden presentar escasos puntos de contacto. Es por eso que existen culturas juveniles en plural, relacionadas con esos mundos sociales particulares, y también con diversas formas de la industria cultural. Y si en principio es posible observar algo vagamente común a todas esas culturas juveniles, sobre todo cuando el mundo en el que están ingresando ha perdido la capacidad para hacer creer en sus instituciones, es que quienes participan en ellas o las producen toman distancia de las formas convencionales.

II

Ese elemento común se potencia en un contexto global de inusitadas transformaciones culturales, y mucho más aún con las particularidades que éstas adquieren en la sociedad argentina. El fenómeno que está en juego, al menos en el mundo occidental, es el producto de cambios económicos y políticos radicales, y puede ser pensado como un debilitamiento del lazo social. Las personas ya no se sienten verdaderamente parte de un colectivo; más bien tienden a verse como meros individuos.

Esto obedece a la significativa pérdida de autonomía de las instituciones estatales y a la fragmentación o recomposición de identidades sociales ligadas a una forma de organización del mercado de trabajo que también se transformó. Durante varias décadas, en un país de desarrollo intermedio como Argentina, ser parte del sector obrero o de la clase media administrativa vinculada a la producción y al comercio suponía portar una identidad sólida, así como también la posibilidad de planificar la vida cotidiana y familiar a futuro. Paralelamente, y como correlato de este proceso, se advertía un relativo reconocimiento por parte del ciudadano hacia las instituciones públicas, aunque no puede decirse que éstas fueran objeto de culto o endiosamiento.

Esta valoración se ponía especialmente de manifiesto, por ejemplo, en el caso de la escuela o, si se quiere, del conjunto de las instituciones del sistema educativo público, y también de las instituciones religiosas. En menor grado, ese reconocimiento podía extenderse al poder judicial, y quizás también a la empresa privada.

Hay dos elementos, además de las modificaciones culturales globales, que explican que en la Argentina de las últimas décadas distintas fracciones de la sociedad mantengan con las instituciones una relación distante y en ocasiones de acentuada desconfianza. Por un lado, la forma objetable en que actuaron las dirigencias (empresariales, políticas, religiosas) a cargo de liderar los cambios que afectaron a grandes sectores de la población. Por otro lado, el hecho de que esos comportamientos se produjeron en un contexto democrático, lo que permitió la visibilidad de esas situaciones y de los cuestionamientos individuales y colectivos hacia ellas en la escena pública. No se trata solamente de que jueces, policías, religiosos o miembros de las elites sociales y económicas cometieran actos ilegales que en algunos casos perjudicaban en forma directa al ciudadano común, sino de que éste pudo observar en apenas un par de décadas una sucesión de hechos de ese tipo que de algún modo se transparentaban y se difundían en los medios de comunicación.

Es en este contexto en que lo viejo no termina de morir y lo nuevo aún no se ha configurado, o por lo menos no ha adquirido todavía la forma de una cultura alternativa propositiva, donde se pueden localizar algunos elementos comunes a las culturas juveniles. Si distintos sectores de la sociedad sostienen una mirada de distancia, en el caso de las culturas juveniles esta distancia es más potente, sobre todo porque aquel que imagina o potencialmente debería imaginar su futuro es más sensible a los discursos justificatorios que no poseen genuina autoridad cultural.

Dicho con más claridad: para un joven de clase baja cuyos padres integran la lista de los subocupados y que vive en un contexto donde esa situación es la corriente, la reivindicación del mundo del trabajo como el camino ineludible no es más que un discurso al que se puede atender, pero no poner en un altar. Del mismo modo, aunque sin el dramatismo del caso anterior, puede pensarse en la actitud de una chica adolescente de sectores medios o altos, alumna de un colegio religioso, ante un discurso que señale como único camino para la constitución de una pareja la secuencia noviazgo-matrimonio, excluyendo las relaciones sexuales prematrimoniales.

III

En muchos casos, el camino que se presenta como el único posible puede transitarse, pero una serie de variables hace que los jóvenes lo perciban ahora como una alternativa más entre otras. La socialización de experiencias en el interior del propio grupo social, el discurso de los medios de comunicación, la visibilidad de personas públicas que actúan por fuera de ese modelo y exhiben las contradicciones del mismo, son todos factores que conducen a relativizar la supuesta validez general de esa prescripción. Cuando un grupo social es homogéneo en sus prácticas se recorren esos caminos simplemente porque todos los otros miembros los transitan y, entonces, es lo que se debe hacer. Cuando el grupo pierde consistencia y se deteriora o fragmenta por distintos motivos, se debilita su capacidad coercitiva para bien o para mal.

En entrevistas realizadas a jóvenes que tenían entre 14 y 18 años y pertenecían a distintos estratos sociales, y a su vez dentro de cada sector a grupos con preferencias culturales diferentes, quedaron al descubierto algunos consumos culturales comunes. Se trata de productos que tematizan, mediante el humor, la distancia frente a las formas de vida convencionales.

IV

Cuando se los interrogaba sobre sus consumos televisivos y más específicamente sobre aquellos personajes que les suscitaban una fuerte simpatía, mencionaban uno en común: Homero Simpson, de la serie de dibujos animados. Reconocían además otros referentes, en general animadores de

programas que utilizan el humor y la ironía como recurso permanente y están de un modo u otro relacionados con el amplio mundo del rock, pero en estos casos las preferencias diferían.

En cuanto a los Simpson, y particularmente a Homero, la manifestación de simpatía era fuerte y atravesaba los distintos grupos.

Si esta misma entrevista se hubiese realizado veinte o treinta años atrás, los referentes de ficción con seguridad habrían sido héroes positivos. Constituye un gesto irónico, si no la identificación, por lo menos la abierta simpatía hacia un personaje cuyas prácticas cotidianas resultan contradictorias con lo que un patrón vigente imagina como padre de familia relativamente correcto.

Es verdad que se trata de una serie humorística y que la relación que establece con el espectador se asienta sobre la expectativa de la risa. Pero la risa no es aquí el resultado de la pura parodia de un modelo sublime. Por el contrario, la serie es una estilización humorística de prácticas no demasiado extrañas a los modelos realmente existentes del hombre común de sector medio bajo.

Homero bebe cerveza en exceso, es glotón y a veces irresponsable en su trabajo, que por otra parte es el de supervisor de seguridad en una planta nuclear. Es un ciudadano tan común y tan corriente que en el patrón de éxito occidental puede considerársele un hombre mediocre: sin grandes objetivos, con pequeñas ambiciones capaces de transformarlo en miserable y llevarlo a cometer actos que atenten contra otros. Sus modales cotidianos, según los parámetros del hombre medio occidental urbano, son groseros. Y sin embargo, con idas y vueltas, cumple su papel de jefe de familia: en el marco de muchas contradicciones, educa a sus hijos como puede.

No es un marido demasiado incorrecto. Y, sobre todo, si bien es alguien que puede cometer errores, no es lo que el sentido común llama mala persona. Para el conjunto de los entrevistados el personaje es incluso portador de cierta ternura.

Los entrevistados, jóvenes de Buenos Aires con trayectorias y experiencias muy disímiles, encuentran la posibilidad de simpatizar con un personaje que, magnificado por la ficción, es producto de sus circunstancias. Muchos coincidieron en opinar que “Homero es un poco exagerado, pero, como mucha gente, hace lo que puede”. Sostener que se hace lo que se puede, más que lo que se quiere, presupone una mirada reflexiva, sociológica. Y esta mirada seguramente no es ajena al haber recorrido, aunque sea en forma indirecta, la última década y media de la sociedad argentina.

Cambios tan significativos en un lapso breve, que afectan negativamente a distintos sectores de la población, habilitan, mucho más claramente en las culturas juveniles, elementos reflexivos y desacralizadores del mundo. Aunque no hayan padecido la experiencia directa, muchos de estos jóvenes de diferentes sectores sociales han sentido la proximidad de situaciones, generadas por factores ajenos a la voluntad particular, que sin duda modificaron la rutina familiar e individual – basta pensar en la violencia policial, la desocupación, el reemplazo de papel moneda por bonos, etcétera–.

En la condensación que posibilita la ficción, Homero Simpson incorpora una abrumadora presencia de prácticas que el discurso residual observa y condena como desviadas. Lo que probablemente provoca simpatía en los jóvenes, más que la reivindicación de esas prácticas, es la desautorización –potenciada por el humor– del discurso que las coloca en el lugar de lo censurable. Tanto la chica pop del barrio de Recoleta, como el fanático del rock barrial que vive en Liniers, desconfían (por supuesto con distinta intensidad según las experiencias sociales) del discurso de autoridad que prescribe un mundo que ya no es.

Pero es verdad que esta actitud no tiene –y quizás no pretenda tener– la fuerza de una transgresión militante. Para decirlo claramente, más que destruir muros, lo que se hace con estos gestos es barrer los residuos que están desparramados e intentan en vano recomponerse. Ya no se reconocen espacios sagrados. Pero a la vez se transita por un mundo que no ofrece nuevos dioses inclusivos. Y es por esto, entonces, que se puede convivir con los objetos, prácticas y

rituales un tanto extemporáneos, si se desmonta su tono sacro. Este tono es un velo que pudo opacar el mundo; al correrse, el mundo se trasparenta. Así, las nuevas relaciones sociales marcan ahora sin ambigüedad distancias que antes estaban encubiertas y que, para esta nueva mirada, se asientan exclusivamente sobre relaciones de fuerza.

Seguramente se añoran nuevos velos, que eviten una transparencia demasiado luminosa, y en algunas ocasiones se los busca. Pequeños dioses subalternos proporcionan alguna identidad acotada y quizá transitoria al joven que camina, por lo menos sin entusiasmos trascendentes, por un mundo que produce un único discurso fuerte (sin la capacidad cultural de hace cien años y en medio de otras múltiples voces menos autorizadas), que le dice que él puede ser dueño de su propio destino.